

Los regidores entraron en escena: un sustituto, dos abogados y un notario. El cuarteto hacia furor; la frase: *Por esta causa santa*, se desarrollaba majestuosamente. Campardon, abriendo más y más la boca, daba las órdenes del combate y de pronto resonó el canto de los frailes: Troublot sacaba la voz del vientre para producir las notas graves.

Octavio, que le miraba, volvió instintivamente los ojos hacia el balcón, y en aquel momento, emocionada por la música y quizás involuntariamente había deshecho Hortensia el lazo del cordón que sujetaba la cortina, y descorrida ésta ocultó por completo á Berta y á Augusto. Se hallaban asomados al balcón, sobre la baranda, sin que el menor movimiento revelase allí su presencia. El joven provinciano no se cuidó más de Troublot, que justamente bendecía los puñales: *Sagrados puñales, seáis bendecidos por nosotros*, y se puso á pensar en la pareja. ¿Qué podían hacer allí? La *stretta* comenzaba, á los ronquidos de los frailes contestaba el coro: ¡A muerte! ¡A muerte! Y sin embargo los tórtolos no se movían, acaso tomaban el fresco, contentándose con mirar los coches que pasaban por la calle. La frase melódica de Saint-Bris reapareció,

todas las voces, unas detrás de otras la repetían progresivamente, con una brillantez extraordinaria. Parecía una ráfaga que se engolfaba en el salón, demasiado estrecho, haciendo temblar á las bujías y palidecer á los oyentes, atronándoles los oídos. Clotilde, en el colmo del frenesí golpeaba el piano, animaba á los cantantes con sus miradas, después fueron las voces apagándose poco á poco, murmuraron las palabras: *¡A media noche! ¡Sin ruido!* y continuó ella sola, tocó el pedal y marcó los pasos cadenciosos y perdidos de una ronda que se aleja.

Entonces, de pronto, en medio de aquella música pianísima, en medio de aquel silencio reparador, se oyó una voz que decía:

— ¡Me hace V. daño!

Todas las cabezas se volvieron instintivamente hacia el balcón, Mad. Dambreville quiso hacer un favor descorriendo la cortina y los circunstantes vieron apoyados de espaldas, sobre la barandilla, á Berta muy colorada y á Augusto muy confuso.

— ¿Qué es eso, tesoro mío? preguntó madame Jossierand, con la más tierna solicitud.

— Nada, mamá, contestó Berta, es que Augusto, sin querer, me tropezó en el brazo con la vidriera... Hacía tanto calor, que al abrirla...

Y al hablar aumentaba el carmín en sus mejillas. Hubo sonrisas, señas, aspavientos, Mad. Duveyrier, que desde hacia un mes procuraba apartar á su hermano de Berta se puso pálida y se incomodó, tanto más cuanto que el incidente había interrumpido el canto. Después del primer movimiento de sorpresa hubo aplausos, la felicitaron y no faltó á cada artista una lisonja.

¡Qué bien habían cantado! ¡Cuánto trabajo debía costar á la directora producir aquel maravilloso conjunto! Ciertamente, no se interpretaba mejor en el teatro. Pero al lado de estos elogios, oía la directora las murmuraciones que corrían de boca en boca. La joven estaba en grave compromiso; aquello era un matrimonio obligado.

—¡Le cogió! dijo Troublot á Octavio. ¡Es un pobre diablo! ¡A quién se le ocurre no aprovechar el ruido que hacemos para pellizcarla, en vez de atreverse precisamente cuando todos callábamos...! Yo, francamente, creí que estaba aprovechándose de la ocasión; porque es cosa corriente en los salones en donde se canta, hace uno lo que quiere, cuando puede, y si una dama grita... ¡Como si tal cosa! nadie la oye, ni nadie se apercibe.

Berta, más sosegada sonreía, mientras

que Hortensia miraba á Augusto, considerándole como un doctrino. Al verse triunfantes, recordando las lecciones maternas, se mostraban las dos orgullosas, tratando con desprecio á la víctima.

Todos los caballeros invadieron el salón, mezclándose con las señoras. M. Josserand, todo trastornado con la aventura de su hija, se acercó á su mujer, oyendo con disgusto cómo daba las gracias á Mad. Dambreville por las bondades de que colmaba á su hijo León, que le debía su buena suerte. Su desazón se aumentó al oír hablar de sus hijas, dirigiéndose á Mad. Juzeur; pero para que la escucharan Valeria y Clotilde, que estaban cerca de ella.

—Pues, sí, decía, hoy mismo nos lo ha escrito su tío: Berta tendrá cincuenta mil francos. No es mucho, ciertamente; pero más vale poco seguro, que mucho imaginario.

Esta mentira sublevaba al pobre hombre y no pudo menos de toser y hacerle señas. Ella le miró, obligándole á bajar los ojos, y después, notando que la miraba Mad. Duveyrier, con la mayor amabilidad le preguntó por la salud de su papá.

—Debe haber ido á acostarse, contestó la dueña de la casa, ya casi conquistada. ¡El pobre trabaja tanto!

M. Josserand dijo, que en efecto M. Vabre se había retirado á dormir á fin de tener fresca la cabeza al día siguiente y añadió, que era un hombre inteligente y de facultades extraordinarias, al mismo tiempo que pensaba de dónde sacaría el dote que había anunciado su mujer, y la cara que pondría no habiéndolo hallado el día en que se firmase el contrato de boda.

En esto se oyó ruido de sillas, que se movían. Las señoras se dirigían al comedor, donde empezaba á servirse el té. Mad. Josserand, victoriosa, fué allí también rodeada de sus hijas y de la familia Vabre. En medio de aquella desbandada no quedó en el salón más que el grupo de los hombres serios. Campardon se había apoderado del cura Manduit: los dos hablaban de obras que habría que hacer en la iglesia de San Roque. El arquitecto manifestaba hallarse dispuesto á emprenderlas, porque su diócesis de Evreux le daba poco trabajo. Allí no tenía que hacer más que la construcción de un pulpito y la instalación de un calorífero y de hornillas en la cocina de su Eminencia, trabajos que su inspector podía dirigir por sí solo. El cura le ofreció ultimar el asunto en la primera junta de fábrica que se celebrase, y los dos se dirigieron á un

grupo en donde felicitaban á M. Duveyrier, por la redacción de una sentencia de la que se declaraba autor. El presidente del tribunal, que era su amigo, le reservaba ciertos trabajos de lucimiento para que se diese á conocer y prosperase.

—¿Ha leído V. la novela nueva? preguntó León, que hojeaba un número de la *Revista de Ambos Mundos*, que estaba sobre una mesa. Está muy bien escrita, añadió; pero también se trata de un adulterio. ¡Siempre lo mismo! Llega uno á fastidiarse.

Con este motivo la conversación giró sobre moral. Campardon dijo que había mujeres muy honradas y todos asintieron. Por lo demás, según el arquitecto, un matrimonio, cuando marido y mujer sabían llevarse bien todo podía arreglarse. Teófilo Vabre indicó que todo dependía de la mujer, sin dar más explicaciones. Quisieron los circunstantes saber la opinión del doctor, que se sonreía y se excusó: en su opinión la virtud dependía de la salud de las personas. Duveyrier al oírle quedó pensativo.

—Esos autores, dijo al fin, exageran: el adulterio es muy raro en las clases elevadas. Una mujer, cuando es de buena familia, tiene en el alma una flor...

Era partidario de los nobles sentimientos, y pronunciaba la palabra ideal con una emoción que velaba su mirada. Cuando el cura Manduit habló de la necesidad de las creencias religiosas en la esposa y en la madre, se puso de su parte. La conversación versó sobre la religión y la política, conviniendo en que jamás desaparecería la Iglesia porque era la base de la familia y el natural sostén de los gobiernos.

—Como cuestión de política, no digo que no, apuntó el doctor.

Duveyrier, á quien no agradaba que se hablase de política en su casa, se contentó con decir severamente lanzando una mirada al comedor, donde Berta y Hortensia atiforraban á Augusto de sandwiches:

—Hay un hecho, señores, que resuelve la cuestión: la religión moraliza al matrimonio.

En aquel instante, Troublot que estaba sentado en un canapé, dijo á Octavio al oído:

—A propósito, ¿quiere V. que le presente en casa de una señora donde se pasa muy bien el rato?

Y como Octavio tratase de inquirir qué señora era, añadió señalando al consejero:

—Su querida.

—No puede ser, exclamó Octavio haciéndose cruces.

Troublot abrió y cerró lentamente sus párpados. No había más remedio; cuando se casaba uno con una mujer poco complaciente, poco aficionada á tener descendencia y entusiasta por las teclas hasta el punto de hacer rabiarse á todos los perros del barrio, era preciso buscar distracciones fuera de casa.

—Moralicemos el matrimonio, señores, moralicémosle, repetía Duveyrier con gran severidad, mientras Octavio observándole bien, descubría en su rostro las huellas de los vicios secretos que le dominaban.

Desde el comedor llamaron á los padres graves. El cura Manduit que se quedó un momento solo, en medio del salón desierto, miraba de lejos la aglomeración de los convidados. Su rostro de buen año y fino, expresaba una tristeza. El que confesaba á aquellas mamás y á aquellas niñas, conocía el espíritu de todos como el doctor Juillerat su temperamento, y concluyó por no atender más que á salvar las apariencias arrojando como un maestro de ceremonias sobre aquella burguesía corrompida el manto de la religión, temblando ante la seguridad de un juicio final el día en que se des-

cubriese el cáncer oculto. A veces, movido por su ardiente y sincera fe de sacerdote, se sublevaba contra su condescendencia. Pero su sonrisa reapareció, y aceptó una taza de té que le ofreció Berta hablando algunos instantes con ella para cubrir con su carácter sagrado el escándalo del balcón. En una palabra, volvió á ser el hombre de mundo, resignado á exigir únicamente un barniz de decoro en sus penitentes.

—¡No faltaba más que esto! murmuró Octavio acabando de perder el respeto que le había inspirado aquella casa.

Viendo que Mad. Hedouin se dirigía á la antesala, quiso anticiparse y siguió á Troublot que se marchaba. Su proyecto era acompañar á la esposa de su principal. Se lo indicó, y ella le dió las gracias negándose á admitir el obsequio. No eran más que las doce, y además vivía cerca. Una rosa se cayó del ramo que llevaba en el pecho, y el joven la cogió tratando de guardársela. Entonces las hermosas cejas de la dama se frunciéron, y á seguida con la mayor calma:

—Haga V. el favor de abrir la puerta M. Octavio, dijo... gracias; y partió.

Octavio herido en su amor propio buscó á Troublot, pero éste del mismo modo que en casa de los Jossierand había desapareci-

do, y no podía haberse marchado más que por el corredor que daba á la cocina.

Octavio muy disgustado se fué á acostar, llevando en la mano la rosa que había cogido. Al subir la escalera, apercibió á Maria asomada á la barandilla en el mismo sitio en que la había dejado. Había estado esperándole, y al oír sus pasos salió, cuando le hizo entrar:

—Julio no ha vuelto aún, le dijo: ¿se ha divertido V. mucho? ¿Ha habido mucho lujo?

En esto vió la rosa, y sin aguardar la respuesta poseída de una alegría infantil:

—¿Es para mí esa flor? añadió. ¿Ha pensado V. en mí? ¡Ah! que bueno es V.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas al mismo tiempo que su rostro se ponía colorado. Conmovido Octavio la besó tiernamente.

A cosa de la una se retiraban á su vez los Jossierand. Adela dejaba en una silla una palmatoria y fósforos. Cuando la familia que había subido sin decir una palabra, se halló reunida en el comedor de donde había partido algunas horas antes desesperada, se entregó á una loca alegría. Se estrechaban las manos, daban saltos salvajes en torno de la mesa, y hasta el mismo padre sufría el contagio. De Mad. Jossierand no hay que hablar,

brincaba de gusto al resplandor escaso de la bujía, que á pesar de todo daba lugar á que las sombras de aquellas gentes aparecieran en la pared de un modo fantástico.

—Al fin me salí con la mía, gritó la madre cayendo fatigada sobre una silla.

Pero se levantó en seguida impulsada por una crisis de amor maternal, y corrió á depositar dos besos en las mejillas de Berta.

—Estoy contenta, muy contenta de ti, querida mía, la dijo. Has recompensado esta noche todos mis sacrificios... ¡Hija mía, hija de mi vida!... ¡Esta vez es verdad!

Su corazón latía en sus labios. Su emoción era profunda y sincera, y estaba fatigada, anonadada en la hora del triunfo por los trabajos de su campaña de tres inviernos. Berta necesitó jurar que no se sentía mal; porque su madre figurándose que estaba pálida, y en extremo cuidadosa, quería hacerla una taza de tila. Cuando la joven se acostó fué á su cuarto descalza y con la mayor precaución para ver si estaba tranquila como en los ya lejanos días de su infancia.

M. Josserand la aguardaba acostado. Llegó, apagó la luz, y se acostó á su vez. Él, sumamente apurado con la conciencia intranquila, pensaba en la promesa de los cincuenta mil francos de dote, y se atrevió á

expresar sus escrúpulos en alta voz. ¿A qué fin ofrecer cuando no se sabía si se podría cumplir? Aquello no era honrado.

—Honrado, exclamó en medio de la oscuridad Mad. Josserand, recuperando su voz terrible. Lo que no es honrado es dejar á sus hijas para vestir imágenes, que es por lo visto lo que V. pretendía. Por lo demás, hay tiempo y podemos lograr que el tío suelte la mosca. ¡De todos modos, sepa V. y no lo olvide, que en mi familia no ha habido nadie que no sea honrado!